

CAPITULO XI.

Alhakem I en Córdoba. — Rebelión de sus tios. — Expediciones de los francos. — Triunfo de Alhakem sobre unos y otros. — Alfonso II en Asturias.

No mas pacífico que los de Abderrahman é Hixem, fue el principio del reinado de Alhakem I. Apenas ocupó el trono, cuando ya sus dos tios Suleiman y Abdallah, no obstante hallarse en Tánger el uno y en Toledo el otro, concertáronse para hacerle descender de él, y con objeto de asegurar mas el resultado de su empresa no vacilaron en pedir auxilio á Carlomagno, que á la sazón se encontraba en Aquisgran, y que no dudó un momento en acceder á sus deseos.

Entre tanto Suleiman reclutaba cuanta gente encontraba á mano en Africa, y Obeiba-ben-Amza, que otros nombran Ambroz, wazir de Toledo y comprometido en la conspiración, seducía á los alcaides de las fortalezas comarcanas y se apoderaba por sorpresa de las puertas y alcazar de aquella ciudad; de manera que cuando Abdallah, que habia sido el encargado de ir á las Galias, regresó acompañado hasta la frontera por el hijo del Emperador, Ludovico Pio, solo tuvo que ponerse al frente del movimiento, y en breve su hermano desembarcando con sus aventureros en Valencia fue á reunirse con él y reforzarle.

Visto esto, reunió Alhakem cuantas tropas pudo de Córdoba, Sevilla, Jerez y otras poblaciones, y reunido con Amrú, alcaide de Talavera, el único de aquella comarca que habia permanecido fiel, puso sitio á Toledo; pero entonces surgió una nueva complicación, pues Ludovico Pio al frente de un ejército franco, despues de haberse apoderado de Narbona, penetró en España é hizo lo propio con Gerona, Lérida, Huesca y Pamplona, arrollando á cuantos caudillos intentaban oponérsele.

Nada puede darse mas acertado que la conducta del Emir en aquellas tan difíciles circunstancias. Dejó á Amrú frente á Toledo, y con algunos ginetes marchó á Zaragoza donde, llamando en su auxilio á los buenos musulmanes, presto formó un ejército considerable, si bien inferior al de los francos; y esto no obstante les fue arrancando una por una todas las ciudades que habian tomado; entró en Barcelona que estuvo á punto de ser entregada á los enemigos por su gobernador Zaid, quien despues se arrepintió de la traicion que iba á cometer y les negó la entrada, y llegó hasta la misma Narbona, en la cual hizo degollar á gran número de personas de todos sexos y edades.

Ejecutadas todas estas proezas que le valieron el ser aclamado *Atmudhaffar* (vencedor afortunado) por sus tropas, regresó á Toledo, dejando encomendada la custodia de las fronteras en la prevención de nuevas tentativas, por parte de los francos, á un had-gib, Abdelkerim-ben-Abdelwahid, hombre igualmente docto y valeroso, y al wali Foteis-ben-Suleiman.

Durante su ausencia, lejos de disminuir el partido de los rebeldes habia por el contrario ido en aumento. Murcia y Valencia se les unieron, y Suleiman y Abdallah al frente de algunas fuerzas salieron de Toledo y recorrieron el país, pero la venida de Alhakem dió un nuevo curso á los acontecimientos. Sus soldados derrotaron á los de sus tios en cuantos encuentros tuvieron, y les obligaron á correrse á la parte mas oriental, dejando así desamparado á Toledo que no tardó en caer en poder de Amrú quien hizo decapitar á ben-Amza y mandó su cabeza al emir, cuando este, sometidas varias fortalezas y persiguiendo á los insurrectos habia establecido su cuartel general en *Gingilia* (Chinchilla, año 799).

Quisieron entonces Suleiman y su hermano dirigirse á Andalucía, pero cerca de Lorca y donde viviendo Hixem les habia derrotado ya, el emir, alcanzólos nuevamente, y en la refriega pereció el primero debiendo el mismo Abdallah la vida á la proximidad de la noche que le permitió huir á Valencia.

Impresionado sin duda por la muerte de su hermano, decidió deponer las armas, á pesar de que con los partidarios que tenia en Valencia aun hubiera podido mantenerse algun tiempo, y comunicó su resolución á Alhakem, ofreciéndole que, si lo exigia, partiría á establecerse en Africa.

No menos generoso en esto el emir que su padre, no solo le dejó en libertad de quedarse ó marchar, sino que le asignó diez y siete mil miteales de oro al año, y si bien es verdad que exigió que los hijos de aquel quedaran en su poder en rehenes, les dió la categoría de príncipes confiriéndoles honores y distinciones y casando al mayor con su hija *Alhinza*, que en árabe significa tesoro.

Apenas habia Alhakem gustado las delicias de la paz en Córdoba cuando de nuevo encendiése la guerra. Reunidos en Tolosa los principales magnates francos bajo la presidencia de Ludovico Pio el año 801, y merced principalmente á los esfuerzos y argumentos de Guillermo, duque de Tolosa, el mismo que habia sido derrotado por Abdallah-ben-Aldelmelek en las riberas del Orbiu reinando Hixem I, acordaron verificar una nueva expedición á España con objeto principalmente de apoderarse de Barcelona.

Y con efecto formóse un poderoso ejército que, dividido en tres cuerpos traspuso los Pirineos, y llegó frente á Barcelona á principios del verano del propio año 801, poniéndola sitio inmediatamente.

Su gobernador Zaid que, sin duda en un momento de disgusto contra el emir, habia propuesto entregar la ciudad á los mismos francos cuando estos penetraron en España para auxiliar á Suleiman y Abdallah y arrepentíose despues, aprestóse á defenderla y

lo hizo con una energia tal que dejó sorprendidos á sus enemigos.

Cuantos asaltos dieron estos, otros tantos fueron rechazados, costándoles no poca gente su imprudente confianza; y si bien es cierto que el caudillo de la frontera, Balhul, haciendo traicion á los suyos, acaudillaba gran número de vasco-navarros con los que se apoderó de Tarragona y algunas otras poblaciones de menor importancia, y que Alhakem, partido de Córdoba á socorrer á los sitiados, hubo de retirarse por impedirle el paso con muy superiores fuerzas el duque Guillermo, no se amilanaron estos ni fue potente á rendir su brio el hambre que se empezó á dejar sentir. Antes por el contrario, cuando ya esta asomaba su descarnada faz, un moro desde lo alto de los muros insultaba á los sitiadores, diciéndoles: «¡Oh mal aconsejados francos! ¿para qué os molestais en asaltar nuestras murallas? Ni la fuerza, ni los ardides, ni el hambre podrán haceros dueños de la ciudad. Tenemos carne, harina y miel, y vosotros sois por el contrario los que os hallais escasos de provisiones.»

A esta baladronada contestó el duque de Tolosa: «Escucha, orgulloso musulman, palabras que aunque te desagradan son verdaderas. ¿Ves este caballo que monto? Pues antes despedazaré su carne con mis dientes que apartar mis soldados de tus murallas, sin acabar la obra comenzada.»

Y no fue esta una alharaca, pues aun cuando llegó el invierno, construyéronse chozas y tiendas para librar á las tropas de la intemperie, y se prosiguió el sitio con gran sorpresa y espanto de los árabes, que despues de padecer un hambre horrible y recibir socorros de víveres, mas no de gente, por mar, esperaban que los frios obligarian á los francos á retirarse.

Entonces y en vista del desaliento de los suyos, fue cuando Zaid concibió el atrevido proyecto que, á haber salido bien, hubiera producido la derrota de los sitiadores. Ideó el gobernador de Barcelona salir de ella y marchar en busca de Alhakem, que ó no podia ó no queria socorrerle; hacerle presente la apurada situación de la ciudad, y volver con un ejército á caer sobre los enemigos y obligarles á levantar el sitio: desde luego conoció que no habria quien quisiera exponerse á atravesar las líneas de estos, y lleno de abnegación decidió hacerlo él, como lo verificó en efecto; saliendo una noche á caballo por una puerta secreta del muro, no sin advertir antes á Hamar, á quien dejó en lugar suyo, que se resistiese á todo trance durante su ausencia y ni aun en el caso de que le prendieran y obligaran á intimar la rendición, le obedeciera.

La fortuna no quiso prestarle su ayuda. Cuando habia ya atravesado todo el campamento y creia estar fuera de peligro, un relincho imprudente de su corcel advirtió á los francos de su presencia y poniéndose en movimiento lograron capturarle por mucha diligencia que puso, primero en acabar de salir del campamento, en acogerse de nuevo á la ciudad, despues.

Sucedió lo que habia previsto: quisieron hacerle comprar su vida con la entrega de Barcelona, y le aproximaron al muro para que con este objeto hablara á los suyos; pero las órdenes que diera antes de su marcha y las señas que al tiempo de hablar hacia, no fueron perdidas para Hamar, y negóse á todo trato. Sin embargo, fracasado el proyecto de Zaid, y sin recibir socorro alguno, era imposible á los musulmanes continuar la resistencia.

Es cierto que un porfiado y general asalto habia sido vigorosamente rechazado, á pesar de haber abierto los francos varias brechas en el muro, pero esto se debió solo á prodigios de valor imposibles de repetir, y ántes que secundando los enemigos su ataque se viera Barcelona precisada á sufrir los horrores de toda ciudad asaltada, decidióse Hamar á pedir capitulación, obteniéndola bajo las honrosísimas condiciones de salir él y los suyos con armas y bagajes y en libertad de poder retirarse á donde mejor les pareciera. Esta es la mejor prueba que pudiéramos dar del valor de los musulmanes durante los siete meses que duró el sitio.

Mientras en la España árabe tenian lugar los anteriores acontecimientos, Alfonso II en Asturias se aprovechaba del trastorno producido por la rebelión de Suleiman y Abdallah, y á la par que Aben-Amza se apoderaba de Toledo, invadía él la Lusitania y entraba en Lisboa, y aun que luego tuviera que abandonarla, no se retiró á su reino sin haber causado á los musulmanes grandes perjuicios y arrebatádoles un cuantioso botín.

Hecho esto y con intencion sin duda de procurarse la alianza de Carlomagno, envió á Aquisgran, donde este se hallaba, comisionados para ofrecerle en su nombre parte de los despojos obtenidos en esta última expedición y tambien los mandó á su hijo Ludovico Pio, manteniendo desde entonces con ambos estrechas relaciones.

Pero sus designios fueron mal interpretados por los nobles: creyeron que trataba de declararse feudatario del franco, y en consecuencia tramóse una conspiración cuyo resultado fue apoderarse del monarca y encerrarle en el monasterio de Abelanica.

Ignórase, pues cállanlo las crónicas, quien fue proclamado en su lugar, y aun si lo fue alguno, pero es constante que en el propio año 801, en que tuvo lugar este acontecimiento, le sacaron de su reclusión los vasallos fieles acaudillados por un goda denominado Theuda, sin que desde entonces volviera á verse privado del poder hasta su muerte.



TERRIBLE VENGANZA DE AMRÚ.

CAPITULO XII.

Triunfos de Alhakem sobre los francos. — Sucesos de Toledo. — Sublevacion de Mérida, sometida por mediacion de Alkinza. — Conspiracion en Córdoba. — Frustrase por la defeccion de Cassim. — Expediciones de los francos contra Tortosa.

CUANDO YA Barcelona habia capitulado: cuando Ludovico Pio que poco antes llegara con tropas de refuerzo habia entrado en ella, dirigióse Alhakem á Zaragoza con un ejército, sin que sepamos poco ni mucho la causa de su negligencia en socorrer una plaza que tanto le importaba conservar; pues, no nos satisface plenamente la hipótesis, sentada por algunos, de que lo hizo para vengarse de Zaid, que, como sabemos, habia estado poco antes, á punto de pasarse al enemigo.

El hecho es que, al año siguiente de la conquista de Barcelona fue cuando el emir marchó en busca no solo de los francos, si que tambien de los árabes que como Balhul y otros vivian de las traiciones que alternativamente hacian á los suyos y á los cristianos.

Sobre unos y otros consiguió algunas ventajas; recobró á Pamplona, Huesca y Tarragona, decapitando en la segunda al wali Hussan y marchó en seguida contra Balhul, que perdida esta última ciudad que era el centro de sus operaciones, habiase corrido hácia Tortosa; y no poco tiempo ni trabajo costóle, tras continuas y fatigosas escaramuzas empeñarle en un formal combate que sostuvo con gran valor el rebelde por espacio de catorce horas, y cuyo resultado no sabemos cuál hubiera sido, á no haberle prisionero un soldado de Alhakem: con esto su hueste desbandóse y el emir le hizo cortar inmediatamente la cabeza.

Satisfecho este con haberse librado de tan temible guerrillero y no hallándose con fuerzas suficientes para recobrar á Barcelona, tornóse á Córdoba, no sin haber antes tomado disposiciones para asegurar las fronteras contra cualquiera invasion franca.

Una vez en esta ciudad, envió mensajeros á Edni ben Edris, sucesor de su padre Edris ben Abdallah en el emirato independiente de Africa, constituido por este en 788, el mismo año de la muerte de Abderrahman I, con objeto de proponerle su alianza, como interesados ambos en precaverse de las asechanzas de los califas de Bagdad.

Entre tanto que esto acontecia, Yussuf hijo de Amrú el wali de Talavera, dejado por este con el mismo cargo en Toledo, cuando en tiempo de la rebelion de Suleiman y Abdallah, logró someterla, como jóven y sin experiencia habia cometido multitud de desaciertos, que exasperaron á los toledanos; pero no obstante, haciéndose cargo de las circunstancias que le disculpaban, contentáronse con apoderarse de él, encerrarle y escribir al emir exponiéndole con toda sumision los motivos que les habian obligado á proceder de aquel modo.

Este mostró la exposicion á Amrú, quien, cegado por el paternal cariño, decidió vengarse de los querellantes, pero disimulando para mejor lograr su intento, convino con Alhakem que debia deponerse á Yussuf y se ofreció á ocupar su puesto, lo que aquel le otorgó en gracia de sus buenos servicios.

Una vez en Toledo dedicóse á buscar á los motores de la conspiracion que habia dado por resultado la prision de su hijo, y una mañana la poblacion entera se estremeció de horror, indignacion y miedo á la par, ante el espectáculo de *cuatrocientas* cabezas, destilando sangre. Eran la venganza que el wali hacia en los que se habian atrevido á atentar contra Yussuf.

El medio de que se habia valido para ejecutar su proyecto fue el siguiente; marchaba Abderrahman, hijo de Alhakem, con un cuerpo de cinco mil ginetes en direccion á Zaragoza, cuando recibió invitacion de Amrú para entrar á tomar en Toledo algun descanso, y aceptando gustoso, encaminóse á la ciudad con su gente: so color de obsequiarle con un festin, convidó á los principales señores de la poblacion, precisamente los que habian entrado en la conspiracion, y como el hecho era tan natural y el wali habia tenido la astucia de no dejar conocer su resentimiento anteriormente, asistieron sin la menor desconfianza; mas, conforme iban llegando al alcázar de Amrú, las gentes de este les detenian y llevaban á un subterráneo donde eran hárbaramente inmolados.

La odiosidad de este, á la verdad, abominable hecho, recayó no solo sobre su perpetrante, si que tambien sobre Alhakem, á quien creyó el pueblo, sino cómplice por lo menos consentidor de él; y es digno de nota que ni por un momento sospechase de Abderrahman, no obstante de permanecer este aun en la ciudad tres dias despues de consumado el crimen, bien que su corta edad, pues, solo contaba quince años, y lo que de sus bellas prendas y de su magnanimidad ya se decia, pudieron ser causas para que se le juzgase libre de toda intervencion en él.

Entre tanto que esto acontecia en Toledo, Esfah, el hijo de Abdallah, casado con Alkinza, hermana de Alhakem, y á quien este nombró wali de Mérida, hubo de deponer á su wazir, hombre peligroso é intrigante que poniendo en juego sus malas artes persuadió al emir de que su primo intentaba abrazarse con la soberania independiente de su Gobierno. A consecuencia de esto, Alhakem envió á Esfah orden de resignar el mando, é irritado de tamaña injusticia, este contestóle negándose y diciéndole que no se deponia á un nieto del primer Abderrahman sin causa ni motivo, como á un hombre cualquiera.

Recibir semejante mensaje, ponerse en camino al frente de un ejército, llegar á Mérida y ponerla sitio fueron hechos realizados

casi simultáneamente, por el emir tan perezoso antes en acorrer á la heroica Barcelona. Querido Esfah de los meritanos y defendido por ellos vigorosamente, preveíase una larga y sangrienta guerra, cuando un hecho con que nadie contaba, vino á cambiar por completo la faz de los sucesos y á reconciliar mas firmemente á los irritados primos.

Alkinza, esposa del uno y hermana del otro, con una resolucion impropia de su sexo, salió de la ciudad sitiada sin temor á los peligros que pudieran sobrevenirle, y dirigióse resueltamente á la tienda de Alhakem; penetró en ella y parte exponiéndole la verdad de los hechos y demostrándole su sinrazon, y parte con sus súplicas y ruegos, consiguió de él, no solo el perdon de Esfah sino tambien que continuara en su puesto; á consecuencia de esto Alkinza y Alhakem entraron juntos en Mérida siendo recibidos con gran alegría por Esfah, que hospedó á este en su palacio tributándole grandes obsequios.

Tuvo lugar este acontecimiento en el año 806 de nuestra era y al siguiente de la sangrienta hecatombe de Toledo.

Por desgracia en esta segunda mitad del reinado del hijo de Hixem I abundan mas los hechos censurables que los dignos de loor. Poco despues de su complaciente conducta en Mérida, ejecutó en Córdoba otra barbarie semejante á la de Amrú en Toledo, cual fue la de hacer decapitar á trescientos nobles de la ciudad acusados de conspirar contra él.

Los últimos actos del emir le habian acarreado gran número de enemigos que concertándose entre sí resolvieron destituirle y quisieron aprovechar para ello su estancia en Mérida; pero llegando á traslucir algo Cassim, primo suyo tambien, fingiéndose de igual manera descontento, obtuvo una lista de los principales conspiradores, que se apresuró á enviar á Alhakem con encargo de regresar inmediatamente á Córdoba. Hizolo así este y dos dias antes del fijado para el levantamiento, apoderóse de trescientos de los principales inscritos en la lista, cuyas cabezas amanecieron inmediatamente en la plaza, colgadas en garfios, con un letrero que decia: *Por traidores enemigos de su rey.*

Mientras que, con semejantes crueldades se hacia el emir mas y mas aborrecible á sus súbditos, su hijo Abderrahman por el contrario, hacíase amar de ellos no solo por su templado carácter si que tambien por su valor y pericia que tuvo ocasion de demostrar ya con motivo de haber puesto los francos sitio á Tortosa, conociendo la importancia de esta plaza; pues incorporado al wali de Valencia y no obstante su inferioridad numérica, les atacó con tal brio que hubieron de levantar el sitio y retirarse precipitadamente.

Gran partido hubiera podido sacar de este triunfo, si llevado de una vanidad pueril, no hubiera marchado á Córdoba á recoger los aplausos merecidos á su valor, dejando de wali en Zaragoza al mismo Amrú de funesta memoria, para los toledanos y que á lo que parece, habia sido destituido.

Apenas ocupó este nuevo cargo, se apoderó por sorpresa de algunos territorios de los que poseian los francos de este lado de los Pirineos, y aunque ofreció á Carlomagno pasarse á su servicio, hizolo tan solo para engañarle y entretenerle, pues jamás llegó á cumplir su promesa.

Irritado el emperador por la derrota que sus tropas sufrieran frente á Tortosa, y decidido á repararla, hizo formar un nuevo ejército cuyo mando en jefe dió á uno de sus mas famados guerreros llamado Ingoberto, y que marchó de nuevo sobre la indicada ciudad.

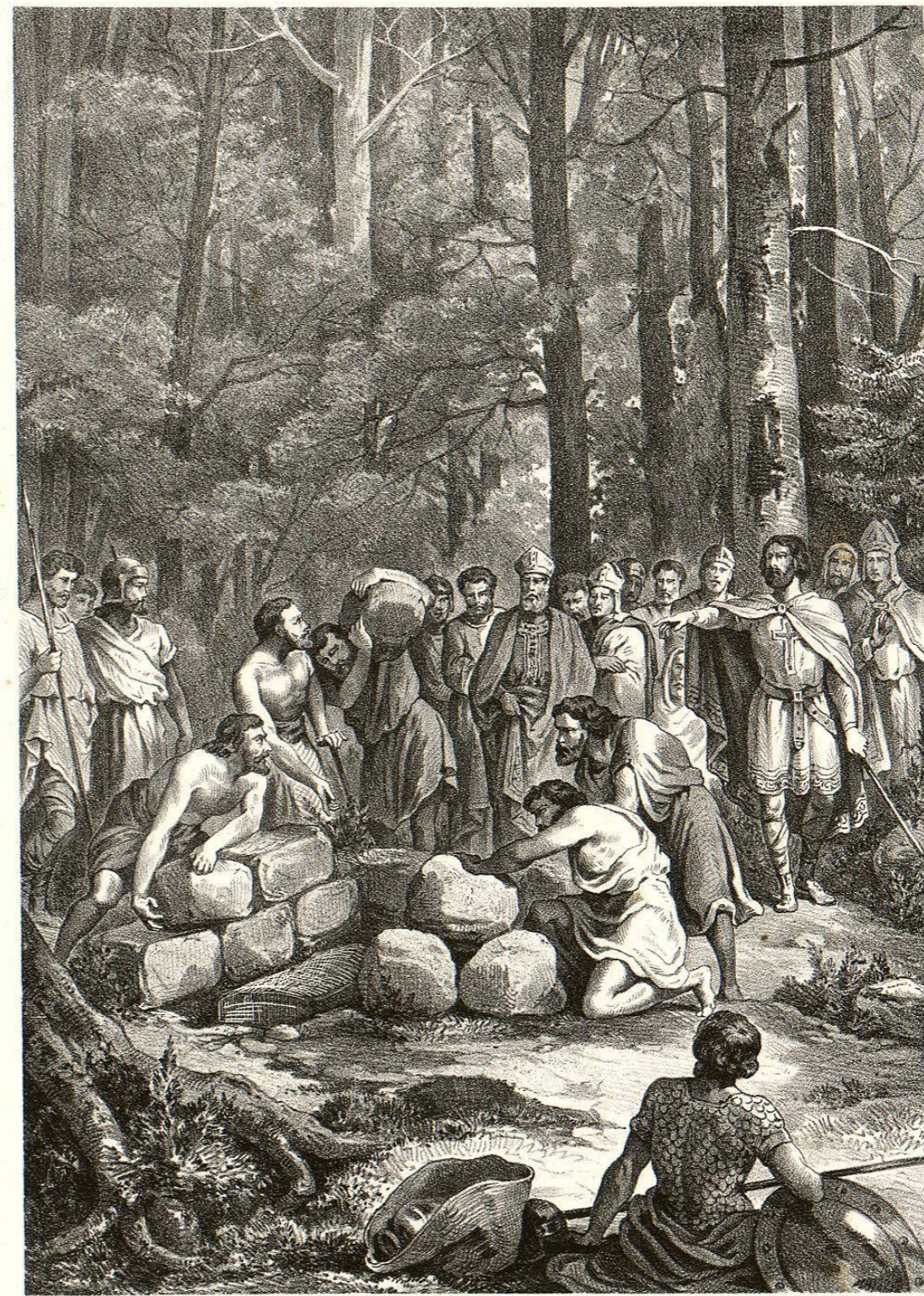
Las desusadas precauciones que tomó este para sorprenderla fueron inútiles; el bravo y vigilante Obeidallah que era á la sazón su wali, estaba alerta y con las tropas de la guarnicion, no tan solamente resistió sus ataques, si que le hizo levantar el sitio é ir por segunda vez á esconder su hocorno tras los muros de Barcelona, de donde, tan confiado en el éxito, saliera.

Despues de este suceso acaecido en 810, ajustóse una paz entre Carlomagno y Alhakem que rompió el primero con fútiles pretextos al cabo de pocos meses, enviando un nuevo y mayor ejército al mando de su hijo Ludovico Pio contra la tan disputada Tortosa.

Esta vez tras un largo sitio y mediante la promesa de Obeidallah de entregar las llaves de la ciudad, retiráronse tambien los francos; mas sabido es lo que de la fe musulmana habia que esperar. La entrega no se hizo, pues por lo visto fue solo un ardid del wali para ganar tiempo, y muy padecidos debian estar de la campaña sus enemigos, por cuanto que no intentaron exigir el cumplimiento de lo pactado.

Tal fue el resultado de las tres expediciones de los francos contra Tortosa que, si no les produjeron provecho alguno, en cambio redundaron en perjuicio y menoscabo de su fama militar, tan preconizada en su época.

Grandes aprestos hicieron las tres veces; esforzados eran los guerreros que dirigieron las tres empresas, y valientes los soldados, mas toda su bravura, toda su inteligencia, tan costosos sacrificios fueron á estrellarse tanto ante la resistencia de la fuerte ciudad, cuanto ante la decision de sus defensores, y mas que todo ante la lealtad é inteligencia del wali que en ella gobernaba.



DESCUBRIMIENTO DEL SEPULCRO DEL APÓSTOL SANTIAGO.